

A dramatic war scene. In the foreground, a soldier in a military helmet and uniform is shown in a dynamic, forward-leaning pose, possibly running or taking cover. The background is filled with intense orange and yellow flames, suggesting a burning structure or a battlefield under fire. The overall atmosphere is one of chaos and conflict.

**CAMARADAS
DEL FRENTE**

**SVEN
HASSEL**

CAMARADAS DEL FRENTE es el relato patético de la vida cotidiana en la retaguardia. Los bombardeos, el terror policiaco implantado por la GESTAPO, la infidelidad de la mujer amada llevan al soldado a confiar únicamente en sus compañeros de armas. En este mundo desesperado, al borde del abismo sólo la amistad proporciona al ser humano la sensación de su propia dignidad.

CAMARADAS DEL FRENTE

*El menor sufrimiento de tu dedo meñique
me causa más preocupación
que la muerte de millones de hombres.*

1

Habíamos sido conducidos al Centro de Curación, donde nuestra repugnante suciedad y los parásitos que pululaban en nuestras heridas abiertas produjeron un arrebató de ira en el cirujano.

—¡Nunca había visto cerdos semejantes! —exclamó.

Ese médico, muy joven, y recién salido de la Escuela de Graz, no había visto, en efecto, gran cosa. Hermanito le trató de mil nombres de raíz escatológica, lo que aumentó su cólera, y le hizo jurar por su honor que aquel soldado sería castigado si conseguía salir con vida. Entretanto, se divirtió oyéndole aullar mientras le extraía las esquirlas del obús que mechaban aquella montaña de carne.

Aquel joven médico no conocía nada más, y sólo era un chiquillo que nunca llegaría a crecer. Fue fusilado tres semanas más tarde, atado a un álamo. Había operado a un general que acababa de ser mordido por una víbora, y el general murió bajo el bisturí del adolescente. Como el cirujano del Estado Mayor estaba ebrio no pudo realizar la operación, pero alguien exigió un informe, y el cirujano del Estado Mayor se apresuró a acusar a su joven colega. Incompetencia e incumplimiento del deber, declaró el consejo de guerra. El muchacho gritó de manera desagradable cuando fue arrastrado hacia el álamo; hicieron falta cuatro para transportarle, y se observó que su corazón latía desenfrenadamente. Los soldados le alentaron, benévolos, y le dijeron que había que ser hombre. Pero es difícil ser hombre cuando sólo se tienen veintitrés años y la ilusión de ser alguien, porque se llevan dos estrellas en la bocamanga.

Fue una fea ejecución, dijeron los del pelotón. Veteranos que las habían visto de todos los colores. Eran la flor y nata del 94.º.

TREN HOSPITAL AUXILIAR 877 ESTE

El hielo cortaba toda materia viva o muerta, como si se tratara de cuchillas enrojadas. A lo lejos, en el bosque, se oía el crujido de los árboles. La locomotora que arrastraba el largo tren sanitario silbaba con sonido desgarrador, y su vapor blanco parecía frío aquel día invernal ruso. Los maquinistas llevaban pesados gorros de piel y chaquetas del mismo material. Centenares de heridos se amontonaban en los vagones de mercancías, pintados con grandes cruces rojas, en los que la nieve del balasto, levantada por la velocidad del tren, penetraba en remolinos por los costados cubiertos de hielo.

Yo yacía en el vagón 48 junto con Hermanito y el legionario. Hermanito había recibido metralla en la espalda, y una granada le había arrancado la mitad de las nalgas. Yacía, de bruces en la paja.

—¿No crees que me merezco un buen permiso? ¿Por culpa de esa nalga que me ha rebanado Iván?

El legionario, que con ayuda de un espejo examinaba varias veces al día sus múltiples desperfectos personales, se echó a reír suavemente. —Eres tan cándido como forzudo. En los batallones disciplinarios no se consiguen permisos más que cuando lo que se ha perdido es la cabeza. Te enviarán otra vez al frente para dejar allí la nalga que te quedó.

Hermanito se desplomó en la paja, blasfemando. El legionario le palmoteó un hombro.— Calma, gran cerdo, o corres el riesgo de que te expulsen del vagón cuando tenga lugar la próxima limpia de héroes difuntos. Huber, junto a la pared, había dejado de gritar.

—Ha debido de estirar la pata —murmuró Hermanito.

—Sí, y no será el último —cuchicheó el legionario, secándose la frente sudorosa.

Tenía mucha fiebre y el pus brotaba del vendaje de ocho días de antigüedad que recubría a medias su hombro. Era su decimosexta herida. Las catorce primeras procedían de la Legión Extranjera, en la que había servido doce años, de modo que se consideraba más francés que alemán con su delgada silueta, su rostro curtido, su pequeña estatura y su eterna colilla pegada a los labios.

—¡Agua, por Dios, agua! —suplicó el suboficial Huhn, que tenía el vientre abierto.

Junto a la puerta, alguien lanzó una blasfemia: —¡Chitón! Sólo podemos bebernos los orines, y si lo llegas a hacer, esos canallas te pondrán ante el pelotón por enfermedad contraída voluntariamente. El hombre del vientre abierto se echó a llorar. Otro soldado, en el extremo opuesto del vagón, rió malévolamente:

—Si quieres beber, haz como nosotros. Lame el hielo del vagón.

El feldwebel, mi vecino, se incorporó a medias, pese a los dolores que sentía en su bajo vientre, horadado por una bala de ametralladora. —¡Camaradas! El Führer ya cuidará de nosotros.

Levantó el brazo para hacer un rígido saludo y entonó los primeros compases de una marcha nazi, pero se desplomó agotado sobre la paja. Las risas se elevaron hacia el techo cubierto de escarcha.

—El héroe se cansa —gruñó una voz—, mientras que Adolfo debe pegarse la vidorra padre.

—¡Os haré juzgar por un consejo de guerra! —vociferó el feldwebel.

Hermanito lanzó una cacerola que contenía coles amargas a la cabeza del hombre. ¡Cállate! Si no tuviera mi culo en ese estado, te cortarías lo que te sirve de cerebro para enviárselo a tu Partido.

El tren se detuvo con una violenta sacudida que nos hizo gritar de dolor. El frío penetraba con más fuerza, e insensibilizaba las extremidades. La escarcha hacía muecas en nuestro rostro, implacable. Los había que se entretenían dibujando en las paredes heladas con la punta de una bayoneta: animales, lindos animalitos que se borraban poco a poco, pero uno de ellos, un perrito bautizado inmediatamente Oscar, fue dibujado una y otra vez porque habíamos empezado a quererle. Cuando, resecaos por la sed, lamíamos la pared helada, procurábamos no tocar a Oscar.

—¿A dónde vamos? —preguntó el joven soldado de diecisiete años que tenía los dos pies aplastados.

—A casa, pequeño —cuchicheó un suboficial herido en la cabeza.

—¿Has oído? —exclamó, riendo, el marino del mar Negro que tenía un fémur destrozado—. ¿Qué es tu casa? ¿El paraíso de Hitler donde los ángeles de Adolfo tocan Horst Wessel con cruces gamadas sobre el cráneo?

Hizo una mueca en dirección a las estalactitas del techo, que brillaban con luz helada.

El tren volvió a arrancar, aquel extraño tren sanitario compuesto por ochenta y seis vagones de ganado, sucios y helados, llenos de esa miseria humana a la que se da el nombre de héroes. Héroes que babeaban, blasfemaban, lloraban, ruinas aterradas que se retorcían de dolor, esa clase de héroes a la que nunca aluden los comunicados oficiales.

—¡Escucha, árabe! —exclamó Hermanito—. ¡Cuando estemos en ese hospital de maldición empezaré por hartarme de lo lindo, y después menudas juergas me pegaré!

Sus ojos brillaban de deseo. Era la primera vez en su vida que iba al hospital, y ese establecimiento representaba para él una especie de burdel donde los clientes recibían un servicio muy completo.

El legionario rió secamente.

—Ya recuperarás el sentido, muchacho. Para empezar, sudarás pedazos de metralla por todos los codos, y perderás el gusto por la juerga, puedes creerme.

—¿Duele mucho cuando esos carniceros te cortan el pellejo? —preguntó el gigante, asustado.

El legionario contempló el rostro grande y bestial, pálido de miedo ante lo que le esperaba.

—Es horrible. Te cortan la carne a rodajas y n siquiera se te permite decir ¡ay!

—¡Santa Madre de Dios! —gimió Hermanito.

El tren se inclinó y chirrió a lo largo de una inmensa curva.

—Cuando me hayan apedazado en el hospital —pensé en voz alta—, me buscaré una amante pero una amante cara, con abrigo de visón y llena de experiencia.

—Comprendo lo que quieres decir —contestó el legionario, haciendo chascar la lengua—. Un bocado escogido.

—¿Qué es una amante? —preguntó Hermanito. Se lo explicamos concienzudamente.

—¡Una puta fuera del burdel! ¡Imposible...! ¿Y es posible encontrarlas?

Cerró los ojos y empezó a soñar en un batallón de hermosas y contoneantes mujeres.— ¿y qué cuesta una chica así? —preguntó abriendo apenas un ojo.

—Todo un año de paga —cuchicheé, y al pensar en mi amante con un magnífico abrigo de visón, olvidé el dolor que me laceraba la espalda.

—Una vez tuve una amante en Casablanca —soñó en voz alta el pequeño legionario—. Fue poco después de haber sido nombrado sargento en la 3.^a Compañía. Buena Compañía, un jefe estupendo, y ni un solo mierdoso... —

¡Al diablo con tu jefe! —rezongué—. Todos los jefes son unos mierdosos. Pero hánbanos de tu chica.

—Era la mujer depravada de un armador muy rico. Ella ya no tenía veinte años, y su gran placer consistía en pagarse amantes, para irlos vaciando uno tras de otro.

—¿Y fuiste liquidado? ¿Como los demás?

—No —mintió el legionario—. Fui yo quien se marchó. Ella tenía la piel de color oliváceo, cabellos de azabache y una ropa interior que te causaba el efecto de un «Roederer brut 1926». ¡Si la hubieses visto, muchacho!

El suboficial herido en la cabeza, rió suavemente.

—Eres un experto. Me gustaría verte en acción.

El legionario, que tenía cerrados los ojos y la cabeza apoyada en un estuche de máscara antigás, no le concedió ni una mirada.

—Las mujeres ya no me interesan; son viejos recuerdos.

—¿Qué? —preguntó el suboficial, atónito—. ¿Te has pasado al enemigo?

Sonaron unas risotadas que enfurecieron al legionario.

—¿Y a ti qué te importa, soldado de mierda?

Furibundo, tiró una bota contra el suboficial quien la esquivó. La bota alcanzó al aviador moribundo, pero éste ni siquiera se dio cuenta. —¡Buena puntería! —dijo riendo el otro. La silueta gigantesca de Hermanito se incorporó lentamente. Ningún hombre, herido como él estaba hubiese podido hacer aquel esfuerzo. Con mirada enloquecida, agarró al suboficial aterrado y lo proyectó contra el otro extremo del vagón.

—¡Al nómada le cortaron las pelotas! —vociferó el gigante—. Fueron aquellos perros del campo de Fagen. ¡Una palabra más sobre el nómada y os rompo el cuello así!

Partió la culata de una carabina y tiró los pedazos contra la pared del vagón; después, se desplomó en la paja gimiendo.

El legionario canturreaba a media voz:

—Ven, dulce muerte, ven. Estás muy mal educado, Hermanito.

El gigante se echó a reír.

—Así me gusta. Cuéntanos más cosas sobre tu puta de Casablanca. ¿Qué clase de burdel es Casablanca?

El legionario carraspeó.

—Casablanca no es un burdel, es una ciudad de la costa de África, donde los legionarios de segunda clase aprenden a beberse el sudor, a comer arena, y donde, por la noche, se pesca la viruela. En Casablanca, incluso los idiotas que se creen que la Legión es una vida de aventuras, averiguan que no son más que unos cerdos, hijos de cerdos como tú y como yo, y como todos los ejércitos del mundo entero.

—¡Granujas! —gritó indignado el feldwebe nazi—. ¡Veréis lo que os ocurre cuando el mariscal Von Manstein rebese Lodz y se dirija hacia Moscú!

—¿Como prisionero rumbo a Siberia? —preguntó alguien riendo.

—¡Callaos! —gritó Hermanito—. Cuéntanos más cosas sobre África.

—¡Rediós, qué mal educado estás! Era una mujer deliciosa —dijo el legionario—. Alá es testigo de que la amaba. —Inclinóse y murmuró—: Es curioso que el amor pueda causar tanto daño.

—¿La tenías metida dentro de ti? —preguntó Hermanito, mientras se rascaba el trasero con su bayoneta—. Tengo piojos en el culo —dijo disculpándose.

—Los piojos tienen buenos generales —afirmó un manco, cuyo único brazo estaba podrido por la gangrena—. Siempre encuentran el mejor sitio para lanzar un ataque. —Olfateó su propio brazo—. Pero no les gusta la gangrena: les hace vomitar.

—Cuando salga del hospital, algún jefe de intendencia habrá de entendérselas conmigo— manifestó Hermanito, en voz alta.

—¿Qué tienes contra la intendencia?

—¡Cerdos inmundos! ¿Es que no te has dado cuenta de que estamos empapados bajo los impermeables? ¿Comprendes la combinación? El intendente gana tres marcos en cada impermeable, de modo que cuando uno descarta uno o dos para buscar otro mejor, ¿te das cuenta a lo que conduce?

—Maravillosa combinación —observó el legionario—. ¡Alá! Si me pudiese convertir en intendente...

—¿Y tu chica? —exclamó Hermanito, olvidándose del intendente.

El legionario contestó como si hablara consigo mismo:

—Alá sabe cuánto la amaba. En dos ocasiones intenté terminar con todo cuando ella me hubo dado el pasaporte.

Por encima del ruido del tren, otro ruido de un motor llegó hasta nosotros. De súbito, reinó el silencio. Prestamos oído, como animales acorralados.

—«Jabos» —cuchicheó alguien.

Empezamos a temblar, no de frío, sino porque la muerte acababa de entrar en el vagón. Un «jabo». El avión viraba y el ronroneo aumentaba. Con un zumbido, enfiló el tren. La estrella roja contemplaba, helada, las cruces rojas de clemencia que puntuaban los techos del convoy. El aparato ganó altura y después se lanzó en picado.

—¡Ven, Satanás rojo! —vociferó Hermanito—. ¡Perro del infierno, que termine todo de una vez!

Como si el aviador le hubiese oído, las balas crepitaron contra las paredes, para salir por el otro costado. Hubo gritos; después, estertores. El legionario canturreaba: «Ven, dulce muerte, ven. Alguien sollozó, otro gimió mientras se sujetaba el vientre. La locomotora lanzó un pitido. Entramos en un bosque.

El avión desaparecía, sin duda, en la hermosa mañana clara y helada. Las ruedas sonaban sobre los rieles, el frío terrible penetraba por los agujeros que habían abierto los proyectiles.

—¡Alfred! —Hacía mucho tiempo que yo no había pronunciado el nombre del pequeño legionario, si es que alguna vez había llegado a hacerlo— Alfred... —Debía de parecer idiota—. ¿Nunca has sentido la nostalgia de un hogar? ¿Con muebles y todo el resto?

—No, Sven, ya ha pasado el tiempo de eso, —contestó con una risotada—. Tengo más de treinta años. A los dieciséis, entré en la Legión fingiéndome dos años mayor. Soy un cerdo desde hace demasiado tiempo. Mi elemento es el estiércol. La habitación pestilente de Sidi-bel-Abbes será la última.

—¿Y no lo lamentas?

—No hay que lamentar nada. La vida es hermosa y el tiempo es bueno.

—Hace mucho frío, Alfred.

—También el frío es bueno. Todos los tiempos lo son, con tal de estar vivo. Incluso una prisión es buena cuando se está vivo y no se piensa en lo que hubiese podido ser si... Es ese «si» el que trastorna a la gente.

—¿No tienes una herida en el cuello? —preguntó el gangrenado—. Tal vez necesites un collar de hierro.

—Me importa un bledo. Cuando todo esto haya terminado, me buscaré un buen enchufe en algún almacén de la Legión. Una botella cada noche y el mercado negro con el material. No pensar en el día de mañana, y la mezquita dos veces al día. En cuanto a lo demás, que se vaya al cuerno.

Yo —dijo el portaestandarte—, cuando Hitler esté fastidiado me marcharé a Venecia. Pasé allí doce años con mi viejo. Es una ciudad estupenda. ¿Quién conoce Venecia?

—Yo —contestó una voz suave desde un rincón.

Era la del aviador moribundo. Nos dejó helados. El aceite ardiendo había quemado su rostro, y los ojos eran dos puntos rojizos en una masa grisácea con reflejos malva. El soldado de Infantería, que babeaba sin mirar al moribundo, preguntó:

—¿De modo que has estado en Venecia?

Siguió un silencio que nadie se atrevía a quebrar. Era extraño oír a un moribundo hablar de una ciudad.

—El Gran Canal es más hermoso por la noche. Las góndolas parecen diamantes que hacen surgir sartas de perlas... Es la ciudad más hermosa del mundo. Me gustaría morir en ella —dijo el moribundo, aunque sabía que iba a fallecer en un vagón de ganado, en las proximidades de Brest-Litowsk.

—Un viejo soldado está siempre contento —dijo el legionario, pensativo—, porque está con vida y sabe lo que esto significa. Pero no hay demasiados viejos soldados. El hombre de la guadaña ni siquiera les conoce.

El tren frenó con un chirrido. Avanzó con breves sacudidas y después frenó de nuevo. Acabó por detenerse en medio de un prolongado aullido y la locomotora desapareció para abastecerse de todo lo que necesita una locomotora.

Estábamos en una estación: ruido de botas, llamadas, gritos. Hubo risas, sobre todo una, una risa autoritaria; no podía ser un pobre soldado el que reía de aquella manera.

—¿Dónde estamos? —preguntó el zapador.

—En Rusia, imbécil.

Alguien abrió la puerta del vagón y apareció un suboficial de Sanidad, de expresión estúpida.

—Heil!, camaradas —relinchó.

—¡Agua! —gimió una voz que salía de la paja nauseabunda.

—Un poco de paciencia, tendréis agua y sopa.

¿Hay por aquí algún herido grave?

—¿Te burlas? Estamos frescos como rosas —cloqueó el portaestandarte—. Volvemos de jugar un partido de fútbol.

El suboficial desapareció apresuradamente. Transcurrió el tiempo, y luego se acercaron varios prisioneros de guerra bajo la guardia de Un territorial, llevando un cubo de sopa tibia que vertieron en nuestras escudillas inmundas. Nos la comimos y sentimos más hambre aún. El territorial prome-

tió traer más, y no hizo nada, pero llegaron otros prisioneros para sacar los cadáveres. Catorce de ellos, de los que nueve eran debidos al «jabo». Quisieron llevarse al aviador, pero éste consiguió convencerles de que aún continuaba con vida.

Más tarde, compareció un joven médico rodeado por varios suboficiales de Sanidad. Echaron una ojeada por aquí y por allá, diciendo cada vez: lo mismo.

—Va bien. La cosa no es grave.

Cuando llegaron a Hermanito, estalló la tormenta.

—¡Hijos de puta! Me han arrancado la mitad del culo, pero la cosa no es grave, ¿eh? Tiéndete aquí para que te arranque el tuyo y ya me dirás si te gusta.

Agarró al médico por un tobillo y le hizo caer sobre la paja pútrida.

—¡Bravo! —exclamó el gangrenado, poniéndose a golpear el rostro del médico con su brazo podrido del que manaban pus y sangre mezclados. Sucio, con un aspecto espantoso, el médico fue salvado a duras penas por los dos suboficiales.

—¡No es cosa grave! —vociferaba Hermanito—. ¡Especie de besugo!

—¡Lo pagarás caro! —amenazó el médico, furioso.

—¡Vete al cuerno!

Los tres hombres saltaron fuera y cerraron la puerta. El tren no se puso en marcha hasta el día siguiente por la mañana, pero se olvidaron de darnos el desayuno.

El aviador seguía vivo; otro había muerto durante la noche y dos de los supervivientes se pelearon por sus botas. Unas hermosas botas muy flexibles, que merecían una pelea, probablemente botas de antes de la guerra forradas de piel clara. Las consiguió un feldwebel de artillería. Su puño alcanzó la barbilla del suboficial de zapadores y le hizo olvidar las botas por un buen rato.

—¡Qué hermosas botas! —gritó el feldwebel, radiante.

Escupió en ellas y las pulió con una manga.